



**RETRATO EN PALACIO** Los recién casados, Isabel y Felipe, posan, en el palacio de Buckingham, con miembros de la Familia Real e invitados, entre los que se encontraba la reina Victoria Eugenia, situada detrás del novio.

**Madrid/D16.**— En el gran salón real del castillo de Windsor —ha renacido de las cenizas a imagen y semejanza de la Casa Real Británica—, Isabel II y el príncipe Felipe iniciarán el baile a los compases de un vals *¿el Danubio Azul?*. Los centenares de invitados de honor de todas las realezas del orbe, reinantes y destronadas, levantarán la copa para brindar por la pareja que sigue fiel, pese a mil y un escaqueo del duque de Edimburgo, cincuenta años después de aquel 20 de noviembre de 1947 cuando pronunciaron el sí quiero en la abadía de Westminster. (Ningún miembro de la familia de Felipe fue invitado a la boda. Su madre ingresó en una orden religiosa en Grecia. Las hermanas estaban casadas con alemanes, uno de ellos había sido coronel de las SS. El padre murió arruinado en Montecarlo, en 1944).

El matrimonio le dió a Felipe (nacido en Corfú en 1921) un hogar (vivió la ruptura de sus padres), un país (desde los 18 meses, que salió de Grecia en una caja de naranjas, fue durante 30 años un vagabundo apátrida por Francia, Alemania, Gran Bretaña, viviendo de la misericordia de parientes y amigos), un pasaporte, una nueva religión y la estabilidad de la que no había disfrutado jamás. Isabel aceptó al exiliado por lo que era.

Ingresó en 1938, en la Real Academia Naval Britannia, en Dartmouth. Aquí el joven Felipe (19 años) tuvo el primer encuentro con la joven (13 años) de ojos azules llamada Isabel. Felipe fue el encargado de acompañar a Isabel y a su hermana Margarita con ocasión de una visita



# 50 AÑOS



# ISABEL Y FELIPE

que realizaron a la Escuela.

Hasta después de la guerra —su primer destino, en enero del 40, fue un viejo acorazado, el HMS Ramillies, con base en Ceilán y utilizado para escoltar transportes australianos al Mediterráneo— no empezó a prestar atención a la 'niña de los ojos azules'. Pidió su mano en 1946. El rey Jorge VI se opuso. Felipe podía tener un buen expediente de guerra pero no poseía un nombre, no era británico, y no pertenecía a la Iglesia Anglicana. Sin embargo, a su debido tiempo, el arzobispo de Canterbury le acogió

en el seno de la Iglesia. Tomó el apellido de su madre (Mountbatten) antes de convertirse en ciudadano inglés.

En los cinco primeros años de matrimonio, los Edimburgo —como se les conocía— alternaron sus obligaciones en la Armada con los deberes reales. Estuvieron destinados en Malta, donde Felipe tenía su propia unidad militar. Fue allí donde la princesa Isabel pisó una peluquería. La feliz pareja interrumpió su largo periplo por África, India y Australia. En febrero de 1952, Michael Parker, su se-

cretario, despertó a Felipe de la siesta para comunicarle que el rey había muerto. La princesa y el príncipe partieron de Kenia rumbo a Londres. Un año después, era coronada como Isabel II en una deslumbrante ceremonia en la abadía de Westminster. En la coronación, Felipe juró ser su "vasallo en lo material y en lo espiritual". Ella —que había compartido su cama y dado a luz a sus hijos Carlos, Ana, Andrés y Eduardo— se convirtió por la Gracia de Dios, en Su Excelentísima Majestad Isabel II del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del

Norte y de sus Otros reinos y Territorios, jefe de la Commonwealth, Defensora de la Fe.

A partir de este momento él sería el 'florero' de la reina, que tenía una agenda apretadísima. Audiencias semanales con el primer ministro, compromisos internacionales... Hasta tal punto Felipe pintaba poco, que no logró dar su apellido a sus hijos. La reina no renunció al Windsor, que lucía su familia desde 1917. En 1960 llegaron a un arreglo. Los más jóvenes de la familia real se llamarían Mountbatten-Windsor. Su secretario

Michael Parker, que le acompañó en una gira internacional, en 1957, confesó que el príncipe se aburría con todos los compromisos de la realeza; "no era lo suyo". Por aquellos años, su nombre se vió relacionado con el de Dapne du Maurier, cuyo marido trabajaba en el despacho contiguo de Felipe; con el de la artista de cabaret Helene Cordet (una amiga de la infancia, madre de uno de los ahijados del príncipe Felipe) y con el de Anna Massey. En palacio no molesta que sigan repitiéndose lo que llaman "los tres viejos chismes", pero no toleran nuevos añadidos a la lista.

Cuando se le pregunta por sus 'pecados de juventud', Felipe responde: "¿Se han parado a pensar que en los últimos 50 años no he ido nunca a ningún sitio sin que me acompañará un policía?"

Tras cincuenta años de matrimonio, la unión de la reina y el príncipe Felipe entró en una rutina. Duermen en habitaciones separadas, salvo cuando están en Balmoral, donde comparten habitación en un rincón de la casa, con vistas al jardín de la reina Mary. A él no le gustan los perros galeses de la reina y no le apasionan las carreras de caballo. Es un marido que apoya a su mujer y un amigo leal pero no ha sido el padre amante y cariñoso que necesitaban sus hijos. El biógrafo del príncipe de Gales, Anthony Holden, opina que la insistencia de Felipe en que sus hijos se endurecieran desembocó en una anormal rivalidad. Cincuenta años después, los dos permanecen inmutables al paso del tiempo. Hoy todo será parabienes para esta pareja fría y distante.

## La unión de la pareja entró en una rutina

Hoy iniciarán el baile a los compases de un vals